

EXTRA

Quito Al fin se supo la identidad del cadáver hallado por partes en el norte de Quito

DESCUARTIZADO era el "Colombiano"!

Al parecer, el sujeto estuvo involucrado en tráfico de drogas en el sector La Mariscal.



LAS FUNDAS CON RESTOS HUMANOS



LAS PIERNAS

EL CUERPO



EL SINDICATO EN LA INVESTIGACION DEL CASO

ESCAMENTO

El escamoteo de la víctima fue el primer paso en la investigación del crimen. Los restos fueron encontrados en un sector de La Mariscal, zona conocida por su actividad delictiva.

U n cuerpo humano fue hallado por partes en el sector La Mariscal, zona conocida por su actividad delictiva. Los restos fueron encontrados en un sector de La Mariscal, zona conocida por su actividad delictiva.



EL VEHICULO INVOLUCRADO EN EL CASO

7 EXTRA Al fin se supo la identidad del cadáver hallado por partes en el norte de Quito

HOMBRE FUE torturado, empujado y abandonado en terrenos de la Policía en Guayaquil



La víctima estaba envuelta con un plástico negro y hasta las 05:00 de ayer, nadie la había visto. Ocurrió en el noroeste de Guayaquil.

PARICIA EN BURTO CON DERECHOS... Más... (Advertisement for 'Más' magazine featuring a woman's face)

Por qué soy "cronista rojo"

Henry Holguín

Colombiano, periodista, editor general del Diario EXTRA de Ecuador. holguinh@granasa.com.ec

La crónica roja ha sido maltratada, estigmatizada y prohibida desde hace años, por motivos más estéticos que éticos, en periódicos, y por periodistas que se consideran poseedores del don divino de decidir qué debe y qué no debe leer y ver el lector.

De hecho, es considerada un subgénero periodístico y, en la mayoría de las Universidades, ni siquiera merece una clase. En los grandes diarios, que se han visto obligados a mantenerla por motivos de circulación, la crónica roja, para mí, uno de los elementos más importantes de la historia diaria que escribimos en los periódicos, es dejada en manos de inexpertos, recién llegados, o peor, el borrachito de la redacción, el que

peor escribe, o aquel que lleva tanto tiempo sobreviviendo con su mediocridad en la empresa, que resulta más barato conservarlo que botarlo.

No existe una técnica periodística para la crónica roja; y todos los años las Universidades lanzan a la calle más y más periodistas que no tienen idea de lo que es una posición decúbito dorsal, una escena del crimen o las mínimas nociones de patología criminal. Y esto lo hacen, precisamente en la época en que la delincuencia y, con ella, los asesinatos y delitos de toda índole aumentan de manera galopante y, aunque no lo queramos, se toman las páginas de los diarios por su importancia histórica.

Partamos de la base, que en las Universidades, donde se toca superficialmente el tema, se enseña que el sensacionalismo y con él, la crónica roja, nacen con el "amarillito" de Randolph Hearst hace ya un siglo. Falso.

La crónica roja está intrínseca en el ser humano desde el principio de los tiempos. Para mí, el primer cronista judicial fue quien llegó acezante a contarle a Adán que Caín había matado a Abel en el jardín de la casa y agregó -típico detalle sensacionalista- que lo había hecho con una quijada de burro.

¿Qué son, sino crónicas rojas las que dibujaron nuestros antepasados en las paredes de sus cuevas al calor de la hoguera?

¿Acaso los juglares del medioevo no cantaban en sus versos, al lado de los matrimonios y las batallas, las noticias de crónica roja de las que se enteraban en sus largas caminatas?

¿Por qué los mayas y los aztecas plasmaron en roca sus rituales sangrientos? Porque no tenían cámaras para tomar las fotos

En América Latina, donde la vida y la muerte se dividen con un delicado hilo, desde siempre y tal vez para siempre, la crónica roja fue publicada en la Gran Prensa por muchos años. Si mal no recuerdo, en la época de las sangrientas dictaduras de derecha que golpearon nuestro continente, a alguien se le ocurrió que la crónica roja no debía existir. Era lógico. A las dictaduras no les convenía que mostráramos dónde arrojaban sus muertos, dónde aparecían los desaparecidos, ni las huellas de la tortura nocturna en los cadáveres maniatados. Y relegaron este "subgénero", como peyorativamente lo llaman en las Universidades, a los diarios populares que la recibimos con seriedad y la enfrentamos con valor.

Porque los periodistas sensacionalistas, no amarillistas, comprendimos hace rato que la crónica roja es el espejo de las sociedades en que vivimos y que no registrarla es meter la cabeza en un hueco como los avestruces para no ver la diaria realidad de nuestras vidas.

Y algunos, como nos enseñó a hacerlo en Colombia esa gran periodista que fue Consuelo de Montejo, aprendimos a tratar con técnica y respeto el tema más delicado para un periodista: la muerte.

Más adelante, ya en el Ecuador, y gracias a la colaboración de los propietarios del diario EXTRA, conseguí completar mi sueño: crear una redacción con periodistas expertos en crónica roja, así como los hay en deportes, farándula y tantos otros temas. Hoy, 23 años después, me precio de que varios de nuestros reporteros

son expertos en patología criminal y tratamientos forenses, han hecho cursos, se han culturizado, hasta el punto de que muchas veces hemos llegado a conclusiones básicas sobre un crimen antes que las mismas autoridades. Y seguimos publicando crónica roja, adaptada a estos tiempos, ya sin la necesidad de la foto excesivamente sangrienta o el cadáver destrozado, pero en cambio, complementada con seguimientos, análisis sociológicos, médicos y psicológicos, foros complementarios y, en general, actividades que nos ayudan a comprender el cómo y el porqué de los hechos que ensangrientan a nuestra comunidad.

El presidente del Ecuador, Rafael Correa, afirmó en una de sus cadenas tipo Chávez, que nuestro diario "si se exprimía" le salía sangre. Ahora, sus cadenas sabatinas se anuncian semanalmente en la página 3 de nuestro diario, precisamente la más sangrienta. Y se anuncia allí por solicitud expresa de la Presidencia.

Y surgen, de pronto, numerosos diarios populares que se anuncian como "familiares" para diferenciarse de nosotros, pero al mismo tiempo copian descaradamente nuestro estilo, forma de diagramación y hasta colores con la amarillista intención de que el lector se equivoque y los compre pensando que nos está llevando a nosotros.

Perdónenme, pero una de las cosas que he aprendido en 46 años de profesión es que en periodismo uno nunca puede estar medianamente embarazado. Un diario popular en que no conste la crónica roja, como lo prueban tantos que la han defenestrado al principio y luego se han visto obligados a incluirla para poder competir, estará siempre condenado al fracaso. Y lo estará, porque el lector de nuestro *target*, el que no vive en ciudadelas ni urbanizaciones con guardianía en la puerta, el que sufre las consecuencias de una inseguridad cada vez peor en todos los países de América hispana, quiere saber qué pasa en sus calles, por qué sus hijos no pueden salir a pasear con unas zapatillas nuevas, por qué violaron, por qué mataron, cuáles son las calles donde las papas queman y qué se está haciendo para solucionar los problemas sociales que originan el crimen en todas partes.

Otra cosa que he aprendido, es que no hay hecho de sangre que no tenga como causa un problema social. Se mata, se roba y se hiere, por desempleo, por angustia social, por falta de herramientas para sobrevivir, por hambre, por drogadicción. Por eso persiguen a la crónica roja. Porque al publicarla estamos mostrando una consecuencia, no una causa, de la descomposición social que se vive en toda América.

En Ecuador mueren cuatro niños al día, por problemas relacionados con la desnutrición. Pero resulta mucho más fácil para un ministro prohibir que fotografiemos a

las víctimas de los asesinatos, que solucionar esa verdadera tragedia. A numerosas damas desocupadas les fascina hablar pestes de nosotros, pero no les importa que maten, sino que se publiquen las fotos de los muertos. En Colombia, hasta hace poco, más del 70% de los hechos de sangre eran causados por el licor. Por el famoso "aguardientico" que en mi país produce y vende el propio estado colombiano a través de sus licorerías departamentales. Es decir, que indirectamente el Estado es el culpable de esos heridos y de esos muertos. Pero los malos somos quienes publicamos el resultado de tan equivocadas políticas, de tan inconcebible doble moral.

Ya es hora de que replanteemos, desde la Academia, lo relacionado con el sensacionalismo no amarillista y la crónica roja. Ya es hora de que los grandes diarios la retomen, como algunos lo están haciendo, reemplazando incluso si así lo consideran conveniente, las fotos sangrientas por infografías o dibujos.

Y dejemos de pensar que todo tabloide sensacionalista, de entrada, es un diario mentiroso.

Por eso, hablemos de negocios.

¿Cuáles son los diarios que se están quebrando en esta crisis? ¿Cuáles son en cambio los que no solo no bajan su circulación sino que por el contrario continúan creciendo?

En Colombia, la familia Santos tiene que vender El Tiempo; la familia Lloreda, El País, de Cali; la familia Cano, El Espectador, de Bogotá. Pero que sepa, no se habla de la quiebra de El Espacio.

En Ecuador, la situación económica de numerosos y respetables exponentes de la gran prensa es cada día más difícil. En cambio, nuestro periódico, que no se ha dejado ganar por la tentación del gigantismo, que no es un periódico "obeso", flotamos y continuamos nuestro navegar en medio de la crisis. Así como hemos soportado y vencido otras muchas.

En Estados Unidos, se quiebran el Boston Globe y el mismo New York Times anuncia que pasará a ser digital

durante, por lo menos, un año. Pero no he escuchado de dificultades económicas en el National Enquirer. Así como tampoco he oído nada en ese sentido relacionado al Sun de Londres, al Daily Mirror o al Bild alemán.

¿Y esto por qué? Es lógico que en la raíz del problema se encuentra la adecuada administración, el no caer en los errores que mencioné en el párrafo anterior, pero sobre todo, se basa en la permanente aceptación del lector primario, el que nos compra en los puestos, el que nos cuida todo el día para que no se le roben su EXTRA. Porque los diarios populares sensacionalistas dejan de pertenecerle al dueño del periódico cuando salen de la máquina. De allí en adelante le pertenecen al lector y a su dictadura diaria, que es la única a la que nos sometemos. Si el dato del día revela que bajamos nuestra circulación nos preguntamos por qué. Y siempre encontramos algo que el lector pedía y no le dimos. Porque él es nuestro único censor.

Quiero resumir este artículo en dos palabras: Revisión y realismo.

No podemos continuar negando la publicación de un fenómeno que como el delincuencia y de violencia nos arrolla diariamente en todos nuestros países. No más doble moral, no más hipocresía. No más confundir la gimnasia con la magnesita, es decir, la ética con la estética.

Solo mostrando la historia real de lo que pasa, cumpliremos con nuestro deber. Para eso nos hicimos periodistas. Lo demás será siempre un ocultamiento malévolos de los hechos ciertos, hacia un público que merece el respeto de ser informado completamente.

Solo espero que, cuando la ira de Dios o la estupidez de los hombres nos lleven al final de los tiempos, si es que una parte de la humanidad sobrevive, los historiadores de la época encuentren entre las ruinas de Guayaquil, Ecuador, un ejemplar de EXTRA, el diario del que orgullosamente soy editor general, para que sepan lo que estaba pasando realmente y no se conformen con la verdad "rosadita" y mentirosa de otros. ☞

Acceda nuestro archivo historico

